

EL GUSANO DEL MEZCAL

Miguel Sandín

I

El acento gallego tenía la virtud de provocar en gran parte de sus interlocutores un espontáneo sentimiento de nostalgia, cuyas lejanas raíces procedían de abuelas, tíos por parte de madre o algún viaje inolvidable. Lo tenía comprobado y por eso exageraba, con moderación, un par de gradiños, esperando esa ocasión en la que tanta empatía emocional fuese premiada con un contrato. El tipo del traje azul no era una excepción, al contrario, nada menos que una madre nacida cerca de Malpica, así que Augusto contuvo el aliento, varias veces, durante el rato innecesariamente largo que el individuo empleó en hojear su currículum.

—Hace mucho que no voy por allí, pero era precioso, según lo que recuerdo.

—Esa zona es magnífica de verdad —replicó Augusto con la soltura de un maestro en el rito y, sin duda también por eso, con muy malas sensaciones.

—Veo aquí que ha trabajado casi veinte años como administrativo, funcionario de carrera en el Ministerio de Sanidad...

—Sí, tuve que renunciar a la plaza por motivos familiares —recitó, puede que por tercera o cuarta vez en lo que iba de mañana, y esa experiencia le hizo captar al instante lo que significaba aquel simple arqueamiento de cejas.

Lo esperaba, pero no por eso dejó de parecerle una injusticia miserable, así que aplastó con rabia el periódico sobre su regazo, un amasijo ya de palabras arrugadas, y se recostó en el sillón con el ánimo sereno del que no tiene más fichas que perder.

—Bien, ahora se lleva a cabo el proceso de preselección de candidatos y le avisaremos si es usted uno de ellos —dijo el tipo, impersonal como sus frases, cerrando de atrás hacia adelante, el muy cabrón, la carpeta más bien exigua de su vida laboral.

Al menos era de agradecer que no se hubiese tomado la molestia de prolongar la farsa con la mierda ésa de coche propio y disponibilidad para viajar. Dieciocho años de funcionario antes de cumplir cuarenta no permiten exhibir una gama muy variada de

empleos y lo peor es que nadie creía que se pudiese rechazar por voluntad propia un puesto así para acabar mendigando otro similar.

—En todo ese tiempo no hubo una sola queja sobre mi trabajo —añadió Augusto desde las fronteras últimas de su dignidad.

—Eso está bien —concedió el del traje azul, quitándose las gafas como si todo, su madre incluida, sobrase desde que él cerró la carpeta.

En un banco de Castellana, frente a la empresa en la que nunca sería admitido, Augusto se acordó del perdiguero que, Susana lo contaba con lágrimas en los ojos, se devoró a sí mismo una noche para abreviar sufrimiento inútil. Un perro con dos cojones, pensó, admirativo y solidario, mientras observaba, a través del catalejo en que había transformado el periódico, envidiables pies diligentes cruzar de lado a lado y después sus propios zapatos, ridículamente pulcros a golpes de bayeta sucia. Qué gaita, nos gusta creer que un lugar diferente puede hacernos diferentes, pero no hay más lugar que el pasado, siguiéndonos como nos sigue el culo, hasta conseguir que cada nuevo plato tenga el sabor repugnante a sopa marciana de la abuela Isabel. Ayer todavía quedaba el piadoso rebusque de traducir el artículo que le pasó Valentín, quién sabe si movido por la piedad o por el legítimo interés de no verle instalado en su casa, pero hoy nada ni nadie le esperaba en ninguna parte. No faltaría, carallo, privilegiado que hablase de libertad para referirse a una perspectiva semejante, sin embargo a él le parecía pretencioso llamar siquiera futuro al desierto de tiempo y frío que le aguardaba. Una posibilidad de hacerle frente era meterse en la cama y perderse en algún libro con la precaución de alternar los dedos al primer síntoma de insensibilidad. Otra, ir a La Mina y seguir alimentando aquella cuenta de cervezas y bocadillos de queso que ya resultaba una auténtica amenaza. La tercera resultaba de combinar las dos anteriores.

La mano en el bolsillo contó cuatro monedas junto a un canutillo de cartón y un cálculo profesional al peso arrojó el saldo de trescientas treinta pesetas y un billete de metro agotado, o sea, lo justo para una comida en La Mina sin cebar a la bestia, aunque eso implicase regresar caminando hasta Carabanchel. Desplegó el plano del metro, en el que mejor se orientaba, y la distancia desde Nuevos Ministerios resultaba cuanto menos desalentadora, de modo que con la idea fija de burlar a la primera taquillera que encontrase enfiló Castellana abajo cuando rompía a llover con saña. Los restos del periódico le sirvieron como protección hasta el generoso chaflán de unos grandes

almacenes y allí mismo, después de prender un cigarrillo de favor y deshacerse de las páginas mojadas, lo vio.

Quizá lo hubiese visto ya antes, como otros anuncios que postergaba a causa de su naturaleza infame o sus mezquinas condiciones hasta que la necesidad fuese extrema, lugar que por cierto a él empezaba a quedarle a un paso. Pero éste ni siquiera lo recordaba y le sorprendió haber pasado por alto una oferta tan extravagante.

ESCRITOR PAGARÍA BUENA HISTORIA.

Debajo, una dirección y las horas de entrevista, ningún número de teléfono. Mejor, pensó, se ahorraría el dinero de la llamada. Consultó la guía de Madrid que siempre transportaba en el maletín para conducirse de entrevista en entrevista y de paso aparentar sabe Dios qué sólida garantía en cada una de ellas.

La calle Gaztambide quedaba por Argüelles y eso suponía un cierto rodeo, aunque su itinerario de regreso a Carabanchel era tan desmesurado que cualquier desviación al sur apenas lo alteraba. Además había dejado de llover y a buen paso, callejeando en dirección sudoeste con la infalible brújula mental de la que tantas veces presumió, llegaría en hora y media, justo el tiempo que necesitaba para dar con una excelente historia por el camino, carallo, qué perdía, cuanto más tarde comiese menos gastaría en cenar, ¿o no? Y resultó ser no, porque cincuenta minutos después coronó de manera infalible la Plaza de Alonso Martínez desfondado por la caminata, la nariz roja de frío y consciente de haber puesto mucho más empeño en indagar los vericuetos del peculiar anuncio que de la historia por la que le pagarían. Escribir una tal vez fuese asunto de mayor calado pero inventarla, no jodas, nenín, todo el mundo conoce historias, y con ese talante optimista emprendió la marcha hacia los Bulevares convencido de que aquel terreno por fin llano le sería propicio y la historia genial saltaría como un conejo detrás de cualquier papelera. Tal era su confianza que casi se asustó al toparse con la calle Gaztambide. Qué gaita, no podía creer que una mísera historia pudiera ser algo tan difuso y le resultaba humillante su falta de recursos para largarle al fulano no una sino dos, tres y que eligiese: ésta si cuento, ésta si relato, ésta si novela, usted verá, el anuncio no especificaba y por eso, claro, tal vez mañana con más datos... Mierda de justificaciones porque no habría mañana, o se volvió imbécil si creía que los avispados de costumbre iban a dejar de lado una proposición tan jugosa. Era una duda capaz de causar instantáneas fracturas de ánimo; sin embargo la relación de fracasos laborales de

Augusto Cons era desde hacía ya varios meses muy superior a su currículum, por lo que —consideró— otro más no haría gran mella en su autoestima, hundida bajo tierra como un tubérculo venenoso.

Encontró el portal sin dificultad y todavía sin historia, maldita sea, de modo que pasó de largo y mendigó otro cigarrillo mientras daba una vuelta a la manzana estrujando su imaginación, sus recuerdos, su vida, su alma por una historia, y el pensamiento le hizo gracia durante un par de segundos, los suficientes para que el conejo al fin asomase las orejas, ¿por qué no? Estudiar primero a ese escritor estrafalario capaz de comprar historias nada menos.

—Buenos días, ¿dónde va, por favor? —lo preguntaba con la más profesional de las rutinas un sujeto esférico, sentado tras un reluciente escritorio de ébano que de ninguna manera congeniaba con su mono de trabajo.

—Pues un anuncio del periódico...

—Segundo izquierda —replicó al santo y seña antes de retornar a su nada previa.

Abrió la puerta una mujer madura que no alcanzaba por poco su metro ochenta y tres pero desde luego le aventajaba en cualquier perímetro, el pelo azul de puro blanco y el vestido blanco de puro amarillo.

—Hola, buenas —dijo—. Yo venía por...

—Sí, ya sé, pase.

Dos respuestas siamesas, reflejas y consecutivas que reavivaron sus peores presagios: era una mosca más atraída al rico panal de un anuncio imposible. Le acometió el impulso de girar sobre sus pasos y marcharse por donde había llegado; en cambio se dejó guiar por un pasillo tan ancho como larga era su habitación. El suelo de tablones crujía con discreta elegancia y en el ambiente flotaba un vago aroma de medicinas. En su final, una puerta sencilla a la izquierda y otra de doble hoja a la derecha que la mujer desplegó con la autoridad de un virtuoso; incluso el gesto de mano invitándole a entrar semejaba una reverencia ante la merecida ovación. Así que entró, sin sospechar en ningún momento que las decisiones en apariencia más triviales de nuestra vida son las mismas que terminan por darle forma.

Se trataba de una acogedora sala de lectura, o al menos eso sugerían los estantes repletos de volúmenes —algunos de ellos de rancia estirpe a juzgar por sus lomos—, chimenea francesa en una esquina y sillones articulables iluminados a la perfección en

las tres restantes. Aunque a decir verdad en todo eso se fijó después, porque su atención primera fue para la pelirroja que leía tan absorta y horizontal que no se molestó en devolverle el saludo, motivo por el cual Augusto eligió el sillón más apartado y desde allí fue oteando el exuberante entorno mientras repasaba mentalmente los detalles de su raquítica historia. Sólo se dio cuenta de que una de sus piernas se agitaba con espasmódicas convulsiones cuando la pelirroja alzó sobre el libro abierto una mirada reprobatoria. De buena gana se hubiese marchado entonces pero le disuadió la perspectiva de volver a caminar bajo el frío los siete u ocho kilómetros que aún le faltaban hasta Carabanchel; por lo menos los haría descansado y con la temperatura en su lugar. Era más de lo que esperaba del viaje, ¿o no? Pues claro, mejor verlo así, y a punto estaba de pedir un cigarrillo a la pelirroja, como muestra de la invulnerable arrogancia que provoca el fracaso, cuando la corpulenta de pelo blanquiazul apareció entre las dos puertas correderas interiores y preguntó quién era el siguiente.

—Ella —declaró Augusto con una cortesía excesiva, pues la pelirroja ya dejaba el libro en su lugar y se perdía dentro sin decir palabra.

En cuanto quedó solo, Augusto se hizo uno con el sillón. Le embargaba la satisfacción de no tener por el momento que disimular ante nadie su cansancio, ni fingir notables capacidades organizativas y de liderazgo, ni un cigarrillo que pedir ni...

La siguiente imagen que Augusto recuerda es un cráneo pelado en el cual buscaban espacio media docena de manchas de otras tantas tonalidades y formas; debajo un rostro afilado y aguileño a pesar o tal vez a causa de las gafas que sostenían una mirada penetrante frente a la suya, errática tras el letargo hasta que se incorporó.

—Yo... Lo siento, cerré los ojos y...

Aquella cara curtida le sonreía con sorna y Augusto tuvo la sensación de haber sido estudiado al detalle como rata en laboratorio, más aún, como si durante el paréntesis de su conciencia el viejo que seguía observándolo con vivo interés se hubiese entretenido en hurgar dentro de ella. Era una sensación incómoda y para esquivarla miró su reloj. Había dormido casi una hora.

—Y bueno, nomás lo dejé tranquilo porque el sueño es como la casa propia, un territorio medio sagrado, ¿no le parece?

Augusto aprovechó para frotarse la cara entumecida y pensar a toda prisa una respuesta.

—Si tuviera una casa propia creo que estaría de acuerdo al cien por cien —dijo.

El rostro amplió su sonrisa y sólo entonces cayó Augusto en la cuenta del cuerpo estropeado y endeble que a duras penas lo sustentaba, combándose de manera alarmante desde los riñones al cuello.

—Mi nombre es Eliseo Varela —dijo, extendiendo una mano que parecía un mítico mapa de pergamino desgarrado en cinco partes.

—Augusto Cons.

—Puesto que me la pasé velando su sueño, creo que está en deuda conmigo —sonreía si aquello era una sonrisa, ya no estaba seguro.

—¿Acaso alquila sillones por horas a cambio de argumentos para sus libros? —preguntó Augusto, irónico y molesto porque no le parecía deber nada a aquel anciano salvo quizá la disculpa que ya le había ofrecido.

—Pues claro que no, amigo, nomás creo que por cortesía o por la deuda moral debería aceptarme una invitación para almorzar. Ya le pedí a la asistente que antes de marcharse dejara dos platos preparados, ¿qué me dice?

Augusto experimentó la fea sensación de que el viejo no estaba allí, es decir, no del todo, y es que algo en él no acababa de ser nunca amabilidad ni frialdad, confianza o indiferencia, sino una especie de presencia burlona. En todo caso eran impresiones muy poco fiables pues desde que escuchó la palabra almuerzo sus sentidos se habían embotado para cualquier otra cuestión.

—Pues gracias, ¿por qué no?

—Eso mismo. Ahorita sígame detrás bien atento para no hacer ruido —dijo antes de desplegar una puerta de la corredera y asomar la cabeza al pasillo con precauciones militares.

Con un gesto de mano le indicó que avanzase pegado a la pared y Augusto obedeció. A esas alturas ya no le quedaba la menor duda de que seguía a un anciano senil que con frecuencia organizaría dislates semejantes para desesperación de la familia. Su única esperanza consistía en que el almuerzo prometido fuese real y los hijos no viniesen a restaurar el orden natural antes de tiempo. El viejo le guió con pasos torpes y dificultosos pero, a diferencia de los suyos, inaudibles por completo hasta la cocina, cuya puerta abrió con un rápido gesto de mano mientras con la otra le apremiaba a entrar. Una vez que ambos cruzaron las líneas enemigas se volvió hacia él con el índice pegado a los

labios. Como Augusto, lejos de hacer ruido, sólo movía pupilas y aletas nasales en busca del almuerzo, su actitud mereció un pulgar enhiesto, tembloroso y aprobatorio. Segundos más tarde se oía una puerta maciza abrirse, luego cerrarse, y entonces el viejo demente volvió a sonreír.

—No se vaya a confundir —dijo—. Mi asistente no es mala gente. Sucede que su visión del mundo me resulta higiénica por demás y es bien sabido que los viejos nos hacemos maniáticos, así que no se haga viejo.

—Eso mismo pensaba yo hace un rato al acordarme de un perro —dijo Augusto, deslumbrado por la cocina más amplia y sofisticada que había visto en su vida.

El anciano estalló en carcajadas con muy audible despreocupación y para su alegría señaló la misma mesa ovalada que Augusto se había marcado como objetivo, pues allí dos platos de pollo asado con guarnición de patatas emitían apetitosas fumarolas. La visión y aún más el olor a medida que se aproximaban transformaron a Augusto en un ser tan feliz que a punto estuvo de pedir permiso para comenzar, si no tiene inconveniente, lamiendo los bordes, todo un homenaje para quien ha sobrevivido durante meses a base de sopas y bocadillos.

—Antes me la dejaba preparada para que yo nomás la calentase, pero un día se me fue de la cabeza y organicé tamaño bataclán que ni yendo a bailar a Chalma, compadre —se lamentó.

Mientras hablaba había sustituido la jarra de agua por una botella de vino que extrajo de una lata de galletas y Augusto iba dándole la razón en todo, inquieto, temiendo que de un momento a otro irrumpiese un tropel de hijos y nietos para arruinarle el festín. Lo que sin duda iba a suceder, porque el maldito loco repartía vino sin la menor prisa, más bien divertido, como si estuviese al tanto de su ansiedad y disfrutase aumentándola.

—Tiene muy buen aspecto —observó Augusto como portavoz de sus jugos gástricos y al tiempo liberaba ya los cubiertos de la servilleta que los envolvía con ocioso primor.

—No es un enfermo ni una escultura, así que disfrútelo con el sentido adecuado —respondió el viejo.

Fue una invitación innecesaria, porque el cuchillo de Augusto ya segaba el muslo sin misericordia. Supo que el viejo observaba con atención cada uno de sus gestos, vaso de vino en mano, pero esta vez no le importó demasiado. Estaba más pendiente de

controlar los gemidos de placer que su cuerpo le exigía al revivir aquella antigua ceremonia. Para reprimirse cortaba pan con frecuente y exagerada delicadeza.

—Cuando quiera, le cuento la historia —se vio obligado a decir en algún momento.

—Pero no, coma tranquilo, ya podemos tratar esa vaina más tarde, ¿o tiene prisa?

Augusto fingió pensar en ello, buscó un gesto de contrariedad por algún inconveniente y por fin sacudió el mentón como el que concede por generosidad y a pesar de todo.

—Se puede arreglar —respondió, difícil determinar si por gratitud o confiando en que el abuelo le cediese su ración casi intacta.

—Magnífico —exclamó el tipo, que había seguido la dirección de sus ojos y en efecto le acercaba el plato—. ¿Y en tanto acaba por qué no me cuenta a qué se dedica?

—A buscar trabajo, por eso vine. Antes era funcionario, administrativo de la Seguridad Social en Orense. Soy de allí.

—Yo de Valencia —dijo el otro y Augusto asintió. Quedaba confirmada la tesis de la senilidad porque jamás valenciano alguno se expresaría como Pancho Villa—. Me va a disculpar, compadre, pero tenía entendido que esos trabajos eran para toda la vida, ¿qué hubo, pues?

Augusto detuvo su masticación cada vez más civilizada y a punto estuvo de replicar que *los cojones del marqués*, pero un resto de cordura le hizo ahogar en vino rima tan impertinente.

—¿Usted qué cree? —se limitó a mascullar.

—Pues por el rato que llevo mirándote yo excluiría que el motivo fuese un delito, así que nomás me quedan la política o el amor, ¿qué fue, Augusto?

Perplejo. Así quedó Augusto Cons ante la clarividencia del presunto tarado y, quizá por la certera estocada en el orgullo, por el vino desacostumbrado o por lo impreciso que se estaba volviendo el mundo en derredor, cruzó su mente la idea de robarle. No era más que un anciano decrepito y aquella casa mostraba todos los indicios de contener objetos de valor.

—Me acaba de pasar por la cabeza la idea de robarle —se oyó decir—. No se preocupe, no voy a hacerlo, no sabría. Se lo cuento para que vea cómo la miseria puede afectar a un ser humano. Fue sólo cuando usted mencionó la palabra delito, ya sabe,

asociación de ideas, esas cosas pasan a veces, ¿verdad? No sé qué me ha podido ocurrir, yo nunca... —balbuceaba, tanto más confuso por el hecho de que el viejo no mostrase el menor síntoma de preocupación.

—No hay necesidad de justificar los pensamientos ante nadie. Ni siquiera ante uno mismo, ya que padecemos la arrogante costumbre de creernos alguien —sentenció, sonriendo de su propio ingenio.

Augusto rió también, agradecido por el indulto moral y sintiéndose raro, extrañamente neumático. Sería el hartazgo de pollo y vino de primera; seguro que nada más iba a sacar de allí antes de que apareciese la familia azuzando al celador del psiquiátrico.

—Ha sido un verdadero placer comer con usted y le agradezco mucho... —dijo, tratando de incorporarse y lo hubiese logrado, carallo, si las cosas no estuviesen hechas de aire.

—Nada de eso —le cortó el viejo—. Gracias a ti hoy me libré del pinche pescado. Es idea de mi editor enviarme ese híbrido entre criada, enfermera, cocinera dietética, sucedáneo de madre y sargento de húsares para que me cuide. ¿Qué te parece un café y una copa mientras me cuentas por fin esa historia?

—Cojón de marqués —respondió Augusto desternillado y a la mierda la familia y el loquero, ojalá pudiera levantarse para ayudar al pobre hombre que embutía café en un filtro.

Cuando al fin lo consiguió resultó ser demasiado tarde.

—Mejor camina delante y vas despejando puertas —le había dicho el viejo, bandeja en mano muy poco firme.

Y ahora era él quien abría la marcha por el pasillo, las puertas correderas, la sala de lectura, las correderas interiores. Un largo pelo rojo colgaba de un reposabrazos y Augusto lo recogió, enrollándolo en el índice mientras el viejo entraba. Se sentía cómodo y casi feliz en aquel lugar y haciendo lo que hacía. Era sorprendente sentirse así, pero no demasiado, y eso resultaba aún más sorprendente, pero tampoco mucho, y...

—¡No! —respondió, sobresaltado, cuando el abuelo volvió a preguntarle si tenía intención de pasar la tarde paradito junto a la puerta.

La habitación era un perfecto rectángulo con anaqueles a la derecha y al fondo que alternaban libros con figuras precolombinas. Frente a la puerta una mesa de trabajo

con ordenador y a la izquierda cuatro sillones orientados hacia una mesa de mármol que era al mismo tiempo inmenso tablero de ajedrez, con las blancas huestes de Moctezuma y los verdes arcabuceros de Hernán Cortés aguardando la primera orden. En las paredes desnudas junto a la puerta, carteles de películas que él no había visto, caras y nombres que nada le decían, y sin embargo los trazos de los dibujos le recordaron las sesiones dobles de los sábados en el cine Xesteira. Se dio la vuelta para comentárselo y el giro terminó con sus huesos en el suelo. Desde allí vio cómo acudía en su ayuda aquel cuerpo desvencijado, menudo alivio, y la situación empezaba a resultarle tan divertida que, incapaz de articular palabra, le indicó por señas que se levantaría solo en cuanto el maldito aire se lo permitiese. Tuvo la impresión de que el viejecillo también contenía la risa y aquella actitud solidaria le produjo inmensas ganas de abrazarle. Dio el primer paso en su dirección, pero en mitad del movimiento entendió lo absurdo que aquello resultaría y continuó de largo hasta caer, excéntrico y destartado, en uno de los sillones. Entonces sufrió un nuevo ataque de risa y buscó la complicidad del anciano, que ahora se mostraba serio como un palo, o más bien como un cayado a la vista de su espalda retorcida, y otra vez la risa. Trataba de dominarse pero los músculos de su cara mantenían un criterio diferente.

—¿Te encuentras bien? —preguntaba el calvo, ofreciéndole una taza de café con platillo incluido.

—La verdad es que... sí —se oyó decir, y ahí le sacudió otro incontenible episodio de hilaridad porque no se atrevía a responsabilizarse de la taza sin derramar café sobre su traje de boda, reconvertido en disfraz de buscar trabajo.

En ese momento el viejo, quizá no muy cuerdo pero siempre alerta, accionó algún mecanismo bajo el tablero y los dos ejércitos se inmolaron en masa sin perder la posición. El lugar que habían ocupado fue sustituido por treinta y dos escaques también verdes y blancos pero libres de piezas. Sobre aquel terreno despejado colocó platillos y tazas. Augusto volvió a sentir ganas de abrazarlo pero se limitó a agradecer con la cabeza.

—Creo que perdí la costumbre de beber vino —dijo para disculpar su lamentable comportamiento—, o tal vez la costumbre de un estómago satisfecho, pero una de las dos cosas se me ha subido —añadió, conteniendo mal que bien un rebrote de carcajada.

—Ándale y toma un buchito, ya vas a ver que te hace bien —recomendó el cada vez más simpático abuelete mientras se sentaba frente a él.

Augusto obedeció notando que, en efecto, el café caliente le confortaba. Puso gran cuidado en regresar la taza sin que cayera una sola gota y lograrlo le produjo una satisfacción extraordinaria y tan estúpida que volvió a ganarle la risa. Se sentía confuso y a la par tan brillante que podía reírse con ironía de su propia torpeza.

—Le aseguro que el alcohol nunca me ha afectado así. A veces me pillo una buena curda como todo el mundo, pero...

—Está bueno, cuate, pero no te justifiques ya más o acabaré por enfadarme. ¿Te mejoraste?

—Bastante, sí, gracias.

—Entonces yo, con permiso, me serviré un trago. A ti no creo que te convenga.

Augusto lo admitió a su pesar y observó cómo el viejo abría hueco entre los libros de un anaquel para extraer de allí licorera y un vaso.

—La sargento de húsares tiene también el mandado de alejarme de la botella, de modo que me veo obligado a utilizar en mi propia casa estas penosas trampas de colegial, ¿qué te parece? —preguntó, mientras escanciaba líquido en el vaso con la mirada meticulosa de un agrimensor.

—Triste, supongo, aunque si es por su bien...

—Lo triste, querido amigo, es que tu bien lo decidan otros —dijo, mientras se hundía en el sillón. Acunaba el vaso en una mano y le contemplaba con cruda firmeza—. Veamos esa historia, pues.

Augusto sacudió la cabeza. Deseaba con fervor que un nuevo y furibundo ataque de risa le ayudase a salvar la situación; sin embargo, la euforia se había consumido por completo y no encontró más que un enorme agujero por el que se sentía caer hacia ninguna parte.

—Ha sido usted muy amable conmigo y no sería justo por mi parte engañarle —empezó, sin atreverse a enfrentarse a aquellos ojos afilados como espadas—. En realidad no tengo una buena historia, quiero decir, no tenía siquiera una antes de ver el anuncio cuando...

En ese instante sonó el timbre y Augusto se interrumpió, estudiando la reacción del viejo. Pero no hubo en él nada parecido a una reacción.

—Órale —dijo, sin moverse.

—Llamaron al timbre —explicó Augusto, por si al abuelo, además de la cabeza tampoco le funcionaba el oído—. Quizá le interese abrir, ya le he dicho que yo...

—Ah, no, compadre, tú no eres de los que deciden lo que me conviene y creo que me conviene más seguir acá sentado escuchándote —y el timbre volvió a sonar, dos veces ahora. El viejo sin duda oía porque sacudió la mano como si espantase una mosca—. Síguela, hombre, te has parado en el momento mismo de ver el anuncio.

Augusto se encogió de hombros y sin reparos abusó del licor que había quedado sobre la mesa y resultó ser brandy.

—Pues eso, que necesitaba, quiero decir, necesito trabajo, dinero. Ya me habían rechazado en tres entrevistas esta misma mañana y vine aquí desesperado, pensé la historia mientras venía caminando y todavía di una vuelta a la manzana antes de subir, pero no se me ocurría nada, así que iba a engañarle vendiéndole un cuento de Henry James sobre un autor mediocre que se ve encumbrado por un artículo genial.

—*La muerte del león* —afirmó el viejo, como si fuese insólito desconocer aquello.

—¡Joder! —exclamó Augusto impresionado por el alarde—. De todas formas, había previsto otras posibilidades.

El timbre se oyó de nuevo pero el tipo seguía sin inmutarse.

—¿Qué posibilidades? —preguntó después de beber y Augusto advirtió agradecido cómo dejaba su vaso donde él pudiera alcanzarlo.

Gracias a la extraña lucidez que le acompañaba desde la comida, Augusto advirtió también que desde hacía mucho tiempo nadie, excepto Valentín a ratos, se había tomado tanto interés por su persona. Tuvo ganas de abrazarlo una vez más y para no resultar patético empezó a hablar.

—La verdad es que lo había imaginado todo diferente, quiero decir, más formal, rutinario, ya sabe, el despacho, la mesa en medio para marcar distancias... Usted, claro, no sabrá lo que es eso, pero se parece mucho a un duelo entre cazador y presa, todo vale, especialmente para la presa, que siempre soy yo, quiero decir, era yo antes de venir. Ahora ya no sé qué soy, supongo que un aprovechado, ¿no? Me presento aquí para vender como mía una historia que no lo era, usted me deja dormir en su casa, me invita a comer y a mí se me ocurre robarle.

—Si vuelves a justificarte por eso pensaré que sobre todo eres un pendejo del demonio.

—¿Sabe una cosa? Mi vida se jodió cuando murió mi mujer —confesó Augusto, sorprendido de estar contando aquello a una persona a la que apenas conocía aunque tuviera tantas ganas de darle un abrazo, más aún cuando el viejo se levantó para traer la licorera y dejarla junto al vaso entre los dos—. Era veterinaria y una noche al volver de un aviso su coche se salió de la carretera, en Galicia eso ocurre con relativa frecuencia... ¿Qué le puedo decir? Si perdió algún ser muy querido ya sabe cómo se pasa y, si no, da igual lo que le diga. En fin, en casos así hay a quien le da por la bebida, o por el juego, o entran en barrena mental. Yo para no volverme loco empecé a trabajar en el sindicato todos los días al acabar la jornada. Llegaba a casa tan agotado que no me quedaban ganas ni tiempo de pensar. Empecé a ir al despacho incluso los fines de semana, aunque estuviera solo, o bien montaba en bicicleta hasta caer rendido, o me olvidaba del mundo en las sesiones dobles de algún cine; me conocían por mi nombre todas las taquilleras de Orense... No quiero aburrirle, el hecho es que me impliqué hasta el fondo en el asunto sindical, tanto que presenté la dimisión para solidarizarme con unos compañeros interinos a los que habían despedido de manera injusta, por despreciable nepotismo, y quizá lo más repugnante fue descubrir después que los dirigentes del sindicato también estaban en el ajo, ya se imagina el apaño, ¿no? Por si fuera poco mis suegros empezaban a cuestionar entonces mi derecho a seguir ocupando el piso que, hablando con propiedad y nunca mejor usado el término, les pertenecía. De modo que como no tenía nada que hacer en Orense excepto morirme cualquier tarde de asco y nostalgia en algún cine, decidí venirme a Madrid para empezar otra vida. Hace dos años de eso y aún no he conseguido encontrar un trabajo digno, no me pregunte cómo, pero desconfían por sistema de alguien que dejó un puesto del Estado. Además sé que circula por ahí un fichero con los datos de trabajadores políticamente conflictivos, un par de veces lo han reconocido ante mí. El problema es que su reconocimiento no me da de comer ni me ayuda a pagar la pensión.

Augusto hubiese preferido agua, pero alivió de todas formas su garganta con un sorbo de brandy. Luego se recostó en el sillón, la mirada perdida en el vacío, en alguna parte al otro lado del viejo y la ventana y el planeta. Se encontraba sano de repente, como si hubiese extirpado de su interior el veneno de una cobra. En cambio eso no le hacía

sentir mejor, más bien al contrario, incluso el silencio del viejo, que hasta entonces le había parecido respetuoso, empezó a pesarle como un castigo injusto y cruel.

—Creo que ya he abusado bastante, así que, con su permiso, me voy a ir — anunció, amagando el gesto.

—Todavía no me hablaste de esas otras historias posibles que tenías para mí — contestó el viejo, pero en realidad fue su mirada insolente lo que devolvió a Augusto a la posición de origen.

El timbre volvió a sonar.

—Tal vez le interese abrir y no perder más tiempo conmigo —dijo Augusto.

—Vas a dejar también que yo decida eso, puesto que soy el que paga medio millón por una historia que me plazca —soltó el viejo antes de dirigirse a la mesa y descolgar el teléfono. Augusto escuchó cómo ordenaba al portero que no permitiese subir a nadie más que viniese por lo del periódico, aunque todos sus sentidos revoloteaban sobre la cifra que acababa de escuchar y aun así le faltaba uno—. ¿Y bien? —le preguntó cuando hubo ocupado de nuevo, con mucha calma, su posición y escanciado otro medio vaso de brandy.

—Pues verá, una tarde montando en bici se me ocurrió una idea. Trata sobre un científico que descubre la fórmula para reducir el tamaño de los cuerpos —la sonrisa escéptica del viejo, acompañada por un parpadeo compulsivo, no logró desanimarle—. Ya sé que expuesto así parece el argumento de una de esas necias películas norteamericanas, pero atento, la idea es que el tipo no comparte su conocimiento con nadie y lo utiliza para ir construyendo poco a poco un ecosistema perfecto, en miniatura, dentro de un acuario; luego se reduce él mismo y se va a vivir allí, feliz y pequeño, hasta el fin de sus días —concluyó Augusto, que había ido dibujando el proceso con sus manos; sin embargo su entusiasmo no había provocado emoción alguna en aquel rostro terso por la mera fuerza del desgaste, como una camisa lavada demasiadas veces—. Bueno, ¿qué le parece?

—Un caso clínico de psicosis claustrofóbica, en el supuesto de que exista cosa tan denigrante. ¿Y cuál es la historia?

—Se la acabo de contar.

—No te confundas. Una idea no es una historia —explicó el viejo meneando la cabeza—. Y menos una idea como ésa, que, disculpa mi franqueza, serviría todo lo más

para ilustrar una parábola sobre... ¿el valor de las cosas pequeñas disfrutadas en soledad? —sonrió—. Las buenas historias son como flores, perfuman el aire pero se alimentan bajo tierra, ¿te percatas de la paradoja? —Augusto asentía en silencio—. Tu idea necesita raíces, carne, hueso, pelo, conflicto, sudar vida y hacer que el lector sienta de pronto como suyo ese sudor. Entonces ya te puedes morir a gusto y, aunque te parezca extraño, para conseguirlo es preciso saber si tu liliputiense vocacional tuvo la viruela, calza un cuarenta y cuatro, cree en algún dios, se masturba o por qué rechingada causa tiene tanto asco del mundo... Sudor, ¿comprendes? Somos nomás piel, a veces más de una, pero todas están hechas de lo mismo.

Aunque mantuvo en todo momento un ritmo cansino, como si no necesitase pensar las palabras o las hubiese pensado ya demasiadas veces, la voz del anciano se fue debilitando a medida que hablaba. Augusto lo advirtió incluso desde su autista decepción, de donde extrajo, a pesar de todo, un último resto de orgullo.

—Si sabe tanto, ¿por qué necesita una historia?

El viejo cerró los ojos. Su respiración se hizo profunda como la de quien se acaba de quedar dormido. Augusto llegó a dudarlo, porque se tomó su tiempo en volver a abrirlos muy despacio para sonreírle con ellos, con las comisuras de los labios también pero apenas una mueca y, viendo aquellos esfuerzos, encorvado sobre sí mismo, se tenía la impresión de que su vejez no la había producido el paso de los años sino la gravedad.

—Eso te lo contaré mañana —respondió.

—¿Mañana?

—Según dijiste eres un administrativo en paro, ¿no es cierto?, y yo necesito a alguien que maneje el teclado por mí. Siempre tuve secretario, pero desde que me regresé a España el poco trabajo que hice pude resolverlo yo mismo. Sin embargo escribir me cansa cada día más, aparte de resultar nefasto para mi columna. A decir verdad, compadre, ya todo me cansa o resulta nefasto para mi columna o con preferencia ambas cosas. ¿Y bueno, qué dices, te interesa el labuuuro? Conocí a un argentino que pronunciaba así, labuuuro, y cansaba nomás escucharlo.

—Por supuesto que me interesa —dijo Augusto, sin dudar más que el momento en que se le iba a escapar el abrazo tan duramente reprimido.

—Te pagaré... —por el movimiento de sus dedos parecía calcular un cambio de divisa— cinco mil pesetas al día por cuatro horas de trabajo, de seis a diez de la noche.

¿Se te figura un jornal justo o ya me anda tramando huelga el señor sindicalista?

—¿Es broma o tiene una pluma para firmar?

El viejo le tendió su mano, que semejaba una garra muerta, y cuando Augusto la estaba estrechando advirtió que él empleaba esa energía para incorporarse.

—No hay nada que firmar, chavito, pero existe nomás una cláusula —le advirtió aquella vaharada de brandy frente a sus narices—. Me debes una historia, así que me contarás una cada tarde como condición para cobrar ese día. A cambio, si encuentras alguna que me guste lo suficiente te daré el medio millón.

Madrid, a 2 de febrero de 1997

Salud, carnal:

Vayan por delante mis disculpas más sinceras por haber faltado hoy a nuestra cita, ya puedes suponer que morirse resulta un impedimento de fuerza mayor. Supondrás también, pues huevón del todo nunca me pareciste, que yo no debería saber tal cosa a día de la fecha y es para explicarte ése y otros detalles que acaso tengan su importancia, nomás de ti depende, por lo que escribo esta carta.

Como no ando sobrado de tiempo (mira tú, con la eternidad esperando a la vuelta) y me veo en la urgencia de comenzarla por algún lado, me remontaré hasta el mismo principio, esto es, a la primera y única vez que comimos juntos. Te aseguro que no lamento ni un poco haberte drogado aquel día, pasaste la prueba con nota y ni siquiera eso me sorprendió, pues ya me habías causado una impresión favorable mientras dormías. Un territorio medio sagrado, ¿recuerdas?, pero el caso es que yo muy devoto nunca fui y anda a saber si no lo estoy lamentando ya mismo (ja ja ja). Sí, cuate, clarito se veía a pesar del traje que no tenías un jacal donde meterte y allá me la pasé un buen rato contemplando tu desamparo mientras soñabas. Me gustó lo que vi. Fue un brote de simpatía inmediata que más tardé corroboró el contenido de tu maleta llena de diarios viejos y planos de Madrid. Sospecho que mi conducta se te antojará inmoral cuando menos y no lo discuto, aunque recuerdo que tuviste en mente la idea de robarme y lo confesaste nomás porque te había drogado. Apenas nada, socio, no te confundas, unas pocas hierbas que me enseñó a condimentar un viejo indio yaki en la salsa de tu pollo. Jamás pensé que, como pelón de hospicio, ibas a ahogar allí hasta la última miga de tu pan y del mío, mi hambriento ex amigo (aunque el ex amigo soy yo, si bien lo pienso). Después ya era tarde, por eso preparé café bien cargado, temeroso de que en cualquier momento fueras a perder el dominio, pero ni modo, al contrario, luminoso como un faro me abriste tu corazón.

Más culpable se me hizo servirme del dinero de forma tan miserable (he pensado que debe tratarse del algún efecto secundario de los fármacos, porque hice en la vida

cosas mucho peores sin el menor atisbo de remordimiento). El propósito era impresionarte y a fe que lo conseguí, chavito, en el rostro te brincaban los colores al escuchar la palabra millón, así que no encontré valor para mentirte ni para explicarte que no era precisamente una historia lo que yo necesitaba.